

# El relato y l

Las creadoras de AMEIS llegan al primer número de 2023 con un relato en el vehículo que metafóricamente conduce al cielo a quién ha fallecido y que recrean tres poemas.

## EL CAMINO DEL CIELO

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, él estaba allí: muerto.

Me dio un susto de espanto. Durante unos instantes creí que se trataba de una de sus bromas. Pero no se movía, ni parecía respirar. Con la punta del zapato le di un suave golpecito en el pie derecho. No se inmutó. Esa quietud hizo que me atreviera a aproximarme unos centímetros más. Le volví a dar otra patadita. Nada. Inmovilidad absoluta.

Estaba muerto, no cabía ninguna duda. Estaba muerto, tirado en el suelo del ascensor de una forma absurda, tal como la muerte lo había dejado caer, como si se hubiera resbalado hasta el suelo lentamente para no hacerse daño. El cuerpo estaba doblado hacia la izquierda, en posición gimnástica. Los brazos apoyados en el linóleo del ascensor, dando la impresión de que se hubiera querido sujetar antes de la caída. La cabeza la mantenía ladeada hacia el otro lado, relajada, definitivamente resignada ante lo inevitable y los ojos abiertos, espantados.

El susto de verlo allí me mantuvo indecisa el tiempo suficiente como para que las puertas del ascensor empezaran a cerrarse. Pensé que alguien lo había llamado. Del susto pasé a la turbación, ¿qué hacía con él? ¿Lo sacaba del ascensor? ¿Llamaba a una ambulancia? ¿A los bomberos? ¿A la policía? Todo pasó en décimas de segundo. De la turbación pasé al miedo, y debió ser eso lo que me impulsó a oprimir el botón del ascensor para evitar que alguien me lo robara. Respiré con alivio cuando las puertas se abrieron de par en par. Él apareció de nuevo. No se había movido, por supuesto. Entonces puse una pierna ante la célula fotoeléctrica. De esa forma, mientras pensaba, las puertas permanecerían abiertas y él estaría allí conmigo, a mi vista. Lo contemplé. Lo contemplé como a alguien cercano pero lejano en el tiempo, en el recuerdo y

en los sentimientos, como a uno de los muchos muertos que contemplamos a diario en la televisión, con esa frialdad a la que obliga la costumbre. Ni siquiera me molestó que tuviera los ojos abiertos, ni pensé que me pudiera estar observando desde el otro lado del abismo que nos separaba.

Si de la sorpresa había pasado a la turbación y después al miedo, ahora mis sentimientos fluctuaban de aquí a la alegría, de la alegría al pánico y del pánico a la sonrisa. El absurdo punto de inflexión entre la vida y la muerte me produjo ganas de reír. Y me salió una carcajada nerviosa que se apagó enseguida. Él seguía allí, en el suelo del ascensor, con el cuerpo descoyuntado, ajeno a mis vacilaciones y cambios de carácter. El cuerpo duplicado en el espejo, a su espalda, como dos siameses imposibles. Yo, mientras, con la pierna doblada en el marco de la puerta, frustrando el efecto electrónico de la célula. Lo miré con detenimiento. Tenía la camisa arrugada, con lo que me había costado plancharla. Por lo demás, nada parecía denotar que hubiera sufrido una muerte repentina. ¿Le habría dado un infarto? Lo más probable.

Y volví a reír. Tantos años deseando que eso sucediera, largos años de darle vueltas a esa idea y meditando al mismo tiempo qué haría yo si eso pasara y ahora, de improviso, la situación caía en mis manos y me daba un ataque de risa.

Por el hueco del ascensor escuché una voz enfadada que lo reclamaba.

Deslicé la pierna hacía atrás con suavidad. La célula fotoeléctrica emitió un débil destello. La luz roja del botón de llamada se encendió y observé con una sensación de liberación cómo las puertas se cerraban y mis problemas desaparecían de camino al cielo.

Elena Casero

**ELENA CASERO**, (Valencia, 1954) es Técnico de Empresas Turísticas. Jubilada. Ha publicado las novelas Tango sin memoria, Demasiado Tarde, Tribulaciones de un sicario, Donde nunca pasa nada y Las óperas perdidas de Francesca Scott. El libro de relatos Discordancias y el de microrrelatos Luna de Perigeo. Sus microrrelatos han sido publicados en varias antologías.



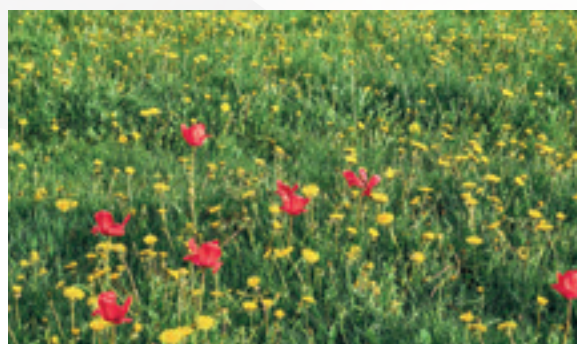
# Los poemas

relato y tres poemas, un principio de año en el que sus textos convierten un ascensor  
ocido de forma repentina, o que transportan al lector a los lugares y estados de ánimo

## DE "EN EL FIN DEL CONTINENTE"

### XIII

En un prado donde las flores silvestres desprenden silencio, un caballo cojo viene renqueando hacia mí, mis ojos ya casi glaucos intuyen que su mirada ansía piedad, piedad que no puedo darle, escondo mi cobardía entre pensamientos enredados en tallos de crisantemos, el caballo cojo se aleja, todo ha sucedido entre él y yo, y ese todo convertido en nada me va separando de la sombra luminosa que sostiene mi cuerpo erosionado por la apatía y el desencanto.



## "PACIFICO DEL SUR"

### PdS 5

Todo es urgente  
 Serenar el ruido de la cascada de hielo dulce  
 Es urgente  
 Que los listos silencien sus flautines  
 Es urgente  
 Que la moneda caiga de cara  
 Es urgente  
 Que el arce nos dé su sombra  
 Es urgente  
 Que en el zaguán los niños jueguen  
 Es urgente  
 Es todo tan urgente como que en letanía yo recuerde la  
 tabla del siete

7 × 1 = 7  
 7 × 2 = 14  
 7 × 3 = 21  
 7 × 4 = 28  
 7 × 5 = 35  
 7 × 6 = 42  
 7 × 7 = 49  
 7 × 8 = 56  
 7 × 9 = 63  
 7 × 10 = 70

## DE "JARDÍN DE FRAILES"

Pensarte de lejos  
 duda y tiempo

Sugerencia

ese lejos  
 esa duda

Y ese tiempo  
 Roza el miedo

cercanía

certeza

finitud

A la grupa del caballo  
 grave herida  
 colorines en el aire  
 lamparita que se apaga  
 En amanecida, Duda y Tiempo

**CARMEN VEGA,** (Pinos Puente, Granada 1953). El cine como pasión y profesión durante 40 años. Ahora, EL POEMA: necesidad de contar y contarme, búsqueda, memoria (sucedío o no), palabras enredando el pensamiento. La poesía como trayecto de vida.

